

## Convivencia de formación. Meditaciones

### 10. Amor y apostolado

Fruto de esta vida interior hay ese desbordarse hacia fuera, y queremos rezar por toda la humanidad, estos días que ha habido atentados terroristas, o sigue la carestía de agua en Etiopía, Somalia, etc., pensamos como estos países y otros como en África sub-Sahariana en la zona de los lagos (3 millones de muertos, a golpe de machete muchos de ellos, aparte del cólera y otras enfermedades), como están tan necesitados de Jesús, y nosotros, más cuanto poder ayudar. Estas florecillas de Holanda, millones de flores, llegan frescas cada día en todos los sitios del mundo. En estos sitios hay millones de personas en dificultades, los campos de refugiados de Somalia, Eritrea etc. contienen más de medio millón de personas, que están muriendo, poco a poco, de hambre, porque por la sequía que han tenido estos años, no tienen posibilidad de medios para poder producir, y nosotros aquí, en cambio, estamos pagando a los agricultores para que no produzcan los cupos de leche etc..., o incluso durante unos años, pagando gran cantidad de dinero para destruir alimentos para que no bajen los precios, porque nos interesa proteger los precios, crear pocos alimentos para que sean más caros, los justos, para que no haya abundancia y no sabemos, pues, como mandarles este alimento, esta ayuda, a estos sitios que -hermanos nuestros-, están muriendo de hambre; y este egoísmo justificado con teorías como la de Maltusiana, de que: "cuanta menos gente más comida habrá para los que estemos". Y es mentira; y, además, hay comida para el doble de la población actual -la comida actual ya sirve para el doble de la población-. O las mentiras de que hay unas leyes de la economía; otra mentira. Las leyes de la economía, las ponemos los hombres, y cuando uno se escuda en unas leyes, es que no quiere en el corazón...es decir que, hemos de beber en este corazón de Jesús para hacer participar a muchos de esta Nueva que nos enseña el Señor. Vamos a fomentar estos sentimientos, y querer, Sin nervios, en paz, sabiendo que el Señor es paciente, que nos enseña esta pobreza, no mirar a todos por nuestras obras; y luego, dejarle hacer en nuestro corazón. Y veremos que el Señor irá llegando por su gracia a todas esas personas, sin activismo, sin querer como dejarlo todo aquí e irnos allí a arreglar el mundo. Sabemos que estamos con el Señor, arreglando el mundo, cuando estamos viviendo esta realidad de la vida.

**1. Sobreabundancia de la vida interior.** Es en las circunstancias del trabajo y de las relaciones sociales el lugar natural donde desarrollar un apostolado, fruto de la preocupación por los demás; todo depende de la riqueza interior, el alma de todo apostolado es la vida interior.

Recuerdo ahora una fábula de la era glacial, cuando muchos animales morían por causa del frío. Los puercos espines, percibiendo esta situación, acordaron vivir en grupos, así se daban abrigo y se protegían mutuamente. Pero las espinas de cada uno herían a los vecinos más próximos, justamente a aquellos que le brindaban calor. Y, por eso, se separaban unos de otros. Nuevamente volvieron a sentir frío y tuvieron que tomar una decisión: ó desaparecían de la faz de la tierra ó aceptaban las espinas de sus vecinos. Con sabiduría, decidieron volver y vivir juntos. Aprendieron así a vivir con la pequeñas heridas que una relación muy cercana les podía ocasionar, porque lo que realmente era importante era el calor del otro y... Sobrevivieron. Así en nuestro mundo individualista (en este sentido es genial el libro "la elegancia del erizo", éxito editorial que comenzó en Francia y se va extendiendo). La mejor relación no es aquella que une personas perfectas, es aquella donde cada uno acepta los defectos del otro y consigue perdón por los suyos propios: "tened todos un mismo sentir; compartid las preocupaciones de los demás con amor fraternal, sed compasivos y humildes, no

devolváis mal por mal ni insulto por insulto. Al contrario bendecid, ya que vosotros fuisteis llamados a bendecir y a alcanzar por ese medio las bendiciones de Dios" (1 Pedro 3,8-9).

Viene la gente a hablar, y entonces cuenta sus cosas..., y no podemos hacer como estos jóvenes que tienen amistad- cuando ya están adolescentes-, pues... uno va a otro y le dice: -oye, hoy me encuentro un poco mal; y el otro le contesta: -¡yo no estoy para escuchar problemas, yo ya tengo los míos! -Y no saben con quien hablar, y la gente necesita un desaguadero, donde fondear el barco; y al nacer las confianzas, nace esta confianza como la que tenían con Jesús. Jesús inspiraba confianza, era una persona asequible, y así, reproduciendo esta vida de Jesús, daremos paz, ayudaremos con nobleza -en el sentido de la amistad-, de procurar mostrar lo que nosotros hacemos, la confianza de decir, pues... yo estoy luchando en esto, esto otro me va bien-, hará que aquella persona encuentre la paz, se acerque a la vida sacramental, a la paz de Jesús, se encuentre a gusto y participe del ambiente de familia; y todo esto, bien unidos a las intenciones del Papa, a esta unidad de los cristianos, a este sentido ecuménico. "Aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor... todo eso es 'apostolado de la confianza'" (Camino 973). La dedicación a la familia es el primer trabajo para los casados, la empresa más importante, con la que se han de "casar".

Recuerdo hace 6 años, al día siguiente de la canonización de Josemaría Escrivá, ante aquella multitud, el Papa nos recomendó el ecumenismo en el encuentro con el patriarca de Rumania, como diciendo: Ahora, ya se ha acabado un ciclo en la Obra, ahí está la consolidación, con la Canonización y la Prelatura. Ahora ayudadme a estos empeños. Es bueno que recemos especialmente por esta maravilla de que, "haya un solo rebaño y un solo Pastor". De que se conozca al Señor de una manera más plena, se le ame, y sobretodo, al vivir su Vida, digamos esta manera nueva de vivir en la tierra como Hijos de Dios. Esta es la gran verdad: Nosotros, pobres criaturas, somos Hijos de Dios.

La expansión apostólica tienes muchos campos: Rusia, oriente... con motivos de viajes profesionales se pueden comprar terreno para hacer casas, para ir haciendo esta expansión. (En algún sitio es complicado, porque el terreno en Moscu el terreno es carísimo, hay mucha especulación). En otros sitios la labor profesional es causa directa de evangelización como en Inglaterra donde muchas conversiones vienen por la influencia de las mujeres filipinas que trabajan en las casas como empleadas del hogar. Uno de los puntos que conviene rezar y trabajar, una manera muy concreta de unirnos a las intenciones del Papa, es este sentido ecuménico, que es una de las preocupaciones principales de la iglesia: recobrar la unidad perdida. El Papa actual, decía: Si en el I milenio estábamos unidos, y en el II desunidos, tendremos que volver a como anteriormente estábamos unidos, y volver a aquella 'unidad de la Fe'. Todo esto, desde nuestra unión con el Señor. Vamos a pedirle: ¡Señor, para ser Ipse Christus, para estar contigo, he de mirarme en Ti y hacerme más según tu corazón, meterme más en tu Vida; porque no es cuestión de mucho pensar, sino de amar. Y dejarme hacer para que me transformes, para que con tu Palabra, Señor, que es viva y eficaz, más penetrante que espada de dos filos, te vayas introduciendo hasta las junturas y tuétanos y diciendo los pensamientos e intenciones del corazón, para que me enseñes, a distinguir el bien del mal, qué es lo que me conviene, qué es lo que me aleja de Ti!

La vocación de todos los cristianos es vocación a la santidad y al apostolado (Catecismo 898), y con nuestro compromiso con el Señor, nuestra formación, resuenan más dentro de nosotros aquellas palabras de Jesús: "fuego he venido a traer a la tierra, ¡y qué quiero sino que arda!" (Lc 12,49). Para esto hemos de cultivar en primer lugar la humanidad, aquellas virtudes humanas manifestación de la unión con Jesús: alegría –el

chispazo del buen humor-, la cordialidad, el optimismo, el espíritu de servicio, la intensidad y orden en el trabajo, la preocupación por el que más lo necesita, las muestras normales de simpatía y consideración.. en todos los lugares donde nos movemos, empezando por familia, con los de casa. Todas las circunstancias son buenas para es diálogo apostólico: un viaje, una visita de un compañero o la que hacemos a un enfermo, una carta, el descanso y deporte... al final es como un prejuicio psicológico: de pensar en los demás, en su bien, siempre.

Esto indica sacrificio: “En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. Si alguien me sirve que me siga, y donde yo estoy allí estará también mi servidor; si alguien me sirve, el Padre le honrará” (Jn 12,24-26): para esto se requiere tu conversión y la mía, la conversión de nuestras vidas y de nuestros corazones a una mayor y definitiva entrega a Jesucristo, que comporta un apostolado intenso, lleno de fe, de espontaneidad, de eficacia, sin complejos ni pesimismo, como pedía D. Javier Echevarría. Con alma sacerdotal, como veíamos ayer, que consiste en tener los mismos sentimientos que Cristo, que consiste en no decir nunca basta, que se manifiesta en que somos sacerdotes de nuestra propia existencia. San Josemaría preguntaba incansablemente: ¿emprenden este camino divino muchas almas?, ¿hay conversiones, cambios de corazón?, ¿estáis contribuyendo a que vuestros amigos, a que vuestras amigas, tomen conciencia de la grandeza de la vocación cristiana?

Por lo que se mide la eficacia del apostolado del Opus Dei no es —sigue diciendo de una forma u otra el Prelado— por la obras y organizaciones, sino por esa presencia apostólica de mis hijas, de mis hijos, en los ambientes profesionales y sociales, para contribuir a tornarlos limpios, cristianos; y provoca, como fruto connatural, conversiones, decisiones de servicio a Dios y a las almas, de seguimiento efectivo de Cristo: ese mar sin orillas, que brota de la santificación de la propia tarea personal y del apostolado de amistad y confianza con los amigos, parientes, compañeros y colegas.

“Como quiere el Maestro, tú has de ser —bien metido en este mundo, en el que nos toca vivir, y en todas las actividades de los hombres— sal y luz. —Luz, que ilumina las inteligencias y los corazones; sal, que da sabor y preserva de la corrupción. / Por eso, si te falta afán apostólico, te harás insípido e inútil, defraudarás a los demás y tu vida será un absurdo” (Forja 22). La mejor oración, para alcanzar de Dios las vocaciones que pedimos, consiste en luchar sin tregua, para mejorar cada día la propia vida interior, decía siempre D. Álvaro

El otro día decía un físico: que un movimiento de una mariposa aquí, producía un movimiento tremendo en otro lado de la tierra... Estas leyes del caos y teorías, espiritualmente, son ciertas; con nuestro trabajo ofrecido a Dios, hecho oración; con nuestro sacrificio de Abel, y la acción profesional para transformar —y cuidar— el mundo, y sobre todo el querer ayudar a todos, en promoción humana y espiritual, todo esto es ser sal de la tierra y luz del mundo, es un movimiento -un tsunami- que puede revolucionar todo, y llevar el Evangelio a todo el mundo, una ola de paz y alegría.

**2. Faenas de pesca...** “Cumpliendo el mandato de Jesús, los Apóstoles abandonaron Jerusalén y se fueron a Galilea. Un regreso a su tierra y a su pueblo difícil, duro, porque ante sus paisanos sus andanzas de los últimos tres años junto a Jesús terminaron en una humillación, un fracaso... eran los "seguidores de un crucificado"... Para aquellos hombres "ya había pasado todo" y volvían a su oficio, el que dejaron para seguir al Nazareno. Desde Cafarnaún salieron una vez más a pescar... ¡Cuántos recuerdos!... Y una mañana, tras una noche llena de trabajo intenso y estéril, se les apareció el mismo Jesús, el Resucitado. Desde la playa les mandó que echasen de nuevo

la red en el lago. Lo hicieron y recogieron 153 peces grandes. Juan fue el primero en reconocer a Jesús. Posiblemente fue también «el discípulo amado» quien contara a María todo lo que había sucedido, porque Ella estaba confiada a sus cuidados. La vuelta de María a Galilea tuvo que traerle a su memoria tantos recuerdos entrañables...

Una leyenda que habla de cómo Dios confía en nosotros. La contó Roger Etchegaray: «Cuando Cristo, después de la Pascua, estaba a punto de subir al cielo, bajó la mirada hacia la tierra y la vio sumergida en la oscuridad, a excepción de una lucecillas que iluminaban la ciudad de Jerusalén. En plena Ascensión, se cruzó con el ángel Gabriel, quien estaba acostumbrado a realizar misiones terrestres. El mensajero divino le preguntó: “¿qué son esas lucecillas?”. “Son los apóstoles reunidos en tono a mi Madre. Mi plan es que, una vez que regrese al cielo, les envíe el Espíritu Santo para que estos pequeños fuegos se conviertan en una gran brasa que inflame de amor toda la tierra”. El ángel se atrevió a replicarle: “Y, ¿qué harás si el plan no funciona?”. Tras un momento de silencio, el Señor respondió: “¡No tengo otros planes!”».

Le decía el Señor a un alma: “cuando yo no te hablo es que es para ti el momento de la acción. Habla a los demás como piensas que yo te hablaría a ti. Yo te ayudaré” (“El y no”, de Gabrielle Bossis). Así nos habla el Catecismo de la vocación de los laicos:

898. Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios... A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor" (LG 31).

899. La iniciativa de los cristianos laicos es particularmente necesaria cuando se trata de descubrir o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristiana impregnen las realidades sociales, políticas y económicas. Esta iniciativa es un elemento normal de la vida de la Iglesia:

Los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. Por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del jefe común, el Papa, y de los obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia (Pío XII, discurso 20 febrero 1946; citado por Juan Pablo II, CL 9).

900. Como todos los fieles, los laicos están encargados por Dios del apostolado en virtud del bautismo y de la confirmación y por eso tienen la obligación y gozan del derecho, individualmente o agrupados en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia (cf LG 33).

Y sobre su participación en la misión profética de Cristo:

904. "Cristo... realiza su función profética... no sólo a través de la jerarquía... sino también por medio de los laicos. Él los hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra" (LG 35).

Enseñar a alguien para traerlo a la fe es tarea de todo predicador e incluso de todo creyente (Sto. Tomás de A., s. th. III, 71, 4, ad 3).

905. Los laicos cumplen también su misión profética evangelizando, con "el anuncio de Cristo comunicado con el testimonio de la vida y de la palabra". En los

laicos, esta evangelización "adquiere una nota específica y una eficacia particular por el hecho de que se realiza en las condiciones generales de nuestro mundo" (LG 35).

Este apostolado no consiste sólo en el testimonio de vida; el verdadero apostolado busca ocasiones para anunciar a Cristo con su palabra, tanto a los no creyentes... como a los fieles (AA 6; cf AG 15).

Sobre cómo dar testimonio de la verdad:

2471. Ante Pilato, Cristo proclama que había "venido al mundo: para dar testimonio de la verdad" (Jn 18, 37). El cristiano no debe "avergonzarse de dar testimonio del Señor" (2 Tm 1, 8). En las situaciones que exigen dar testimonio de la fe, el cristiano debe profesarla sin ambigüedad, a ejemplo de S. Pablo ante sus jueces. Debe guardar una "conciencia limpia ante Dios y ante los hombres" (Hch 24, 16).

2472. El deber de los cristianos de tomar parte en la vida de la Iglesia, los impulsa a actuar como testigos del Evangelio y de las obligaciones que de él se derivan. Este testimonio es transmisión de la fe en palabras y obras. El testimonio es un acto de justicia que establece o da a conocer la verdad (cf Mt 18, 16):

Todos los fieles cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo y la fuerza del Espíritu Santo que les ha fortalecido con la confirmación (AG 11).

El Señor nos dice: "Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo" (Mateo 5,13-14) seremos sal y luz si estamos unidos a Cristo, si las prácticas de piedad son lo primero... "El apostolado es amor de Dios, que se desborda, dándose a los demás" (Es Cristo que pasa 122). "El afán de apostolado son manifestación exacta, adecuada, necesaria, de amor de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios, se siente el peso de las almas. No cabe disociar la vida interior del apostolado" (ibídem). Es el termómetro que indica la temperatura de nuestro amor a Dios. Acostumbrarnos a ver al mundo que nos rodea, como Jesús miraba las muchedumbres, que andaba como ovejas sin pastor (Mt 9,36). Descubrir la dimensión profunda de las personas, la verdad de su vida. Participar de la mirada divina: que yo vea con tus ojos, Cristo mío (rezaba San Josemaría). En "Dios y el mundo 54-55", como también en las palabras de Benedicto XVI en Colonia 2005, habla muy bien de la unión entre adorar y ser sal y luz.

Ser luz: y para ello, busquemos a Dios en nuestra vida ordinaria; más: identifique monos con Cristo. Entonces es focos de luz, puntos de referencia para que otra gente se acerque al Señor. Es la nota de Cristo lo que ilumina en profundidad el sentido de la existencia de cada persona. El cristiano puede y debe descubrir ese sentido y esforzarse por mostrárselo cada persona que se encuentra. Esto no es posible, se primero no lo hace en sí mismo. Es la verdadera prueba de vida, la que lleva a los demás encontrar a Dios en la suya. Cada uno de vosotros debe ser un foco activo de apostolado, que tenga eco y difunda doctrina cristiana diáfana, en medio de este mundo y de esta iglesia, tan enfermos y necesitados de la buena medicina que encierra verdad que Jesús nos trajo (S. Josemaría; cf. Colonia III, sobre los Reyes).

Ser sal (cf. Dios y el mundo 37, Colonia 4): toda nuestra vida nos debe llevar a vivir para los demás: entrega hecha de la cordialidad, el optimismo, el espíritu de servicio, la intensidad en el trabajo, la preocupación por el que más lo que lo necesite, las muestras normales de simpatía y de consideración... ¿Vivimos así, pendientes de los demás, en el trabajo, los ambientes en que nos movemos? No somos apóstoles a ratos. Cualquiera persona, cualquiera que sea la situación en que se encuentre puede necesitar nuestro apostolado. Todo depende de que sea el apostolado fruto sobreabundante de lo realmente interior en nuestra vida. Eso una manera de ser y estar en mundo.

Audacia (Dios y el mundo 46). Toda nuestra vida ha de ser apostólica, porque rezuma la visión de que está enamorado de Cristo y lleva consigo: la profesión, la enfermedad, amistad... es necesario dejar que la vida de Cristo se haga vida en nosotros: pensar como él piensa, amar, lo ama, actuó siempre como lo haría él. No tenemos otros objetivos separados este punto: no tenemos otro fin que servir al Señor, a su iglesia Santa, al romano Pontífice, a las almas todas. Nuestro amor a Cristo nos debe llevar a que nadie pase junto nosotros en recibir el influjo de nuestra fe y de nuestro amor. Si es evidente Dios en nuestra vida, las obras de apostolado brotarán con espontaneidad cada día. Y "se ha puesto de relieve, muchas veces, el peligro de las obras sin vida interior que las anime: pero se debería también subrayar el peligro de una vida interior-si es que puede existir-sin obras" (Forja 734). Todos hemos de mantener muy grabado en el corazón la necesidad que la urgencia de una labor de gente joven amplia, profunda como causante: los jóvenes, los mayores, los ancianos que participan en los apostolados de la Obra, aunque interiormente todos seamos jóvenes, todos hemos de trabajar en este campo. Si alguno no puede colaborar de modo inmediato, no lograra indirectamente, poniendo contacto con los centros de jóvenes los hijos de amigos y conocidos; y, desde Lugo, con una decoración que no mortificación intensas. "Pero para cumplir una misión tan ardua hace falta un incesante crecimiento interior alimentado por la oración. Y San Josemaría fue maestro la práctica de la oración, que consideraba una extraordinaria 'arma' para redimir al mundo. Recordaba siempre: 'primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción' (Camino 82). No es una paradoja sino una verdad perenne: la fecundidad de apostolado reside, ante todo, en la oración bien una vida sacramental intensa y constante. Este es, en el fondo, el secreto de la santidad y de verdadero éxito de los santos" (Juan Pablo II, homilía 6-10-02).

Transmitir nuestra fe con los hechos, con un ejemplo atrayente ("Iesus coepit facere et docere" [Act. 1]): ser personas atrayentes a la fe, mostrando la belleza de una vida de fe; de una vida familiar, matrimonial, conyugal, profesional... informada por la fe: La ejemplaridad en la propia vida es fundamental (Dios y el mundo 56-7) como también el interesarse por cada alma, con amor y en concreto que se sienta querida, y es una de las principales manifestaciones de la caridad ofrecerles lo mejor: acercar los demás -todos quienes nos rodean- a Dios: El apostolado cristiano es la máxima manifestación de caridad: no nos preocupamos sólo de las necesidades materiales del prójimo, sino que primero nos interesan las espirituales -porque son más importantes-, aunque nuestro apostolado siempre va precedido por la amistad.

La caridad llega al fondo de la cuestión; está más allá de las razones de conveniencia, porque estamos enamorados de Dios: es nuestro Amor y queremos "quemar con ese fuego" a los demás; por mandato imperativo de Cristo: "Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura" (Mc. 16, 15); queremos ejercer una auténtica mediación sacerdotal (¡somos "sacerdotes de la creación!"); materialmente, cada una de nuestras jornadas es igual, pero podemos hacer que la perspectiva sea distinta si vamos introduciendo la intención apostólica. Con "alma sacerdotal": prioridad absoluta de la oración y de la mortificación: el apostolado es oración, "súper-abundancia" de vida para adentro. Pero con "mentalidad laical": llevar a Dios por "atracción": por cariño, por amistad, por espíritu de servicio, por prestigio profesional, etc. El roce diario con simpatía... el apostolado exige trabajo, dedicación más de cabeza y de corazón que de tiempo.

Para que haya una conversión en masa tenemos que empeñarnos en que haya conversiones individuales. Hay que estar en la realidad de lo inmediato; y nosotros no vamos a ser gente que arrastre multitudes. Tenemos que pensar en lo que se encuentra al alcance de nuestra mano: en las personas que tratamos. San Josemaría hablaba de dejar

la garra de Dios en quienes pasan a nuestro lado: con quien tratamos por motivos de amistad, o por motivos profesionales, o al hacer una compra. Hay que dejar la garra de Dios porque les encomendemos, porque les sepamos tratar amablemente, porque estemos continuamente rezando por el proselitismo y el apostolado (D. Javier); como la caridad es ordenada, el apostolado debe seguir también un orden lógico: primero los de casa (¡¡¡el marido!!!), después los demás: ¡¡¡hogares luminosos y alegres!!!

La Dirección espiritual: Aunque nuestra relación con Dios a de ser muy personal, no olvidar que El siempre se ha servido de intermediarios: incluso el perdón de los pecados (los mortales) ha querido encauzarlo a través de los ministros; valorar la belleza del pedir perdón (a Dios y a quienes nos rodean). Un medio de santificación colosal es la dirección espiritual: acudir a un maestro, médico de la vida interior (preparado y configurado para ello): el espíritu propio es mal consejero.

Madres de familia: afán de dirigir almas: con el título de amistad y confianza; sabiendo dar doctrina y explicar que la práctica de la religión es un enamoramiento y la mejor garantía de nuestra fidelidad matrimonial; ¡no nos engañemos!: las vocaciones (sea para lo que sea: para sacerdotes, para el matrimonio con generosidad, etc.) siempre han salido de la dirección espiritual.

Cuando nacía la Iglesia, una Mujer, María, fue la guía de los Apóstoles: Ella se encontraba en medio de ellos cuando vino el Espíritu Santo: ¡¡¡una Madre de familia!!!